

XXIX

Ni aun delirando mentía Doña Leandra en lo de la transformación de D. Bruno, pues desde la frustrada conjura, en que había hecho papel real ó figurado de indudable relieve, tomó el hombre actitudes de seriedad, que sobre él atraían la pública atención. O por habilidad instintiva ó por estudio de gramática parda, adoptó el sistema de hablar muy poco, casi nada, y de decir todo en forma obscura, enigmática, dejando entrever ó adivinar un hondo pensamiento. En las conversaciones políticas, nadie oía de sus labios más que reticencias discretísimas, y sus juicios eran velados, más que juicios, protestas de que no convenía formularlos de ninguna manera. Sus frases usuales eran: «Ya se verá eso...» «Se hará lo que convenga...» «Esto no puede seguir así...» «Vamos alabismo...» «Estamos preparados...» «Los hombres de arraigo siempre están en sus puestos...» «Mi opinión es que vendrá lo que debe venir.» Con esta manera de hablar no tardó en adquirir reputación de *entendido*, y como al propio tiempo adoptaba modos de tolerancia,

respetando las ideas ajenas y aprendiendo á ser fino y bien educado, extremando los saludos á cuantos personajes encontraba, fueran del suyo ó del opuesto bando, pronto le dieron la nota de *sensato*. Su importancia crecía rápidamente, y cuantos le trataban veían en él una autoridad innegable, merecedora del mayor respeto. Grandes ventajas llevaba á Milagro en el público concepto, todo ello sin trabajo alguno, pues el manchego, callando siempre ó diciendo á medias ineptias vacías, que el auditorio interpretaba como sublimes pensamientos inéditos, era tenido en más que Milagro, que decía todo lo que pensaba, y á veces cosas atinadísimas. Pero no habría llegado D. Bruno á esta preponderancia, si á los artificios de la palabra y del silencio no agregara otro muy eficaz para el realce de su persona. Dió en gastar unos sombreros de extraordinaria magnitud, con el ala más larga que los de la moda corriente, y un poquito encorvada formando teja. Era el modelo que usaban D. Alejandro Mon, Buschental, un francés que había venido de París á lo del Gas, y otras personas de viso, muy contadas. Encajaba muy bien la colmena de fieltro, tan imponente y elevada, en la ventajosa estatura de D. Bruno, y con esto y la larga levita negra, hacía una figura de tanta respetabilidad, que la gente se paraba para mi-

rarle cuando iba por la calle entre dos amigos, oyéndoles atentamente y contestándoles con la cabeza. El sombrero contribuía no poco á que los transeúntes que le conocían dijeseñ á los ignorantes: «Es Carrasco, persona *entendida*... Es D. Bruno, uno de los hombres más *sensatos* que hay en este país.»

Milagro no comprendía que iba más rápidamente á su negocio D. Bruno, calladito debajo de un tubo de chimenea, que él hablando por los codos, vestido de cualquier modo, y con un sombrero viejo mal planchado y de corta elevación. Ved aquí por qué la gente veía en Milagro á un hombre de gran talento, que no servía para nada por falta de *sensatez*, á un hombre ligero, simpático, cuya gracia y amenidad sólo se apreciaban como méritos secundarios. De D. Bruno, viéndole entrar un día en el café con un célebre banquero y un no menos famoso general, hubo alguien que dijo: «Parece que este Carrasco es un *gran hacendista*.» De Milagro hacían los más afectos á su persona elogios de otra clase, por ejemplo: «Si como tiene chispa este D. José, tuviera *seriedad*, ya habría sido ministro.»

No dejaba de reconocer la pobre Leandra, en sus momentos lúcidos, que á su marido le gustaba muy bien el sombrero y la levita

luenga. Si en Peralvillo le vieran con aquella facha, caerían todos de rodillas, teniéndole por el representante de la justicia humana, ó por ministro universal. Un día, antes de salir para sus diligencias de la tarde, sentóse Carrasco un momento al lado de su *oislo* y le dijo: «Tengo que comunicarte lo que pienso acerca del niño mayor, que pronto está en disposición de empezar una carrera. Este año se creará una nueva de gran porvenir, que llaman *Ingenieros de montes*, y ello tiene por objeto estudiar y dirigir la replantación de arbolado, para que llueva más y no tengamos tanta sequía. Nuestro hijo será de los primeros que entren en esa brillante carrera, para lo cual le pondremos en una escuela donde nos le preparen de toda la matemática y toda la botánica que sea menester.

—Sea lo que tú quieras—dijo Doña Leandra:—miremos á que sea hombre de provecho. Pero yo creí que la botánica no era más que para los boticarios.

—No, mujer: que en la botánica entiendo yo que entra también la vegetación grande, pongo por caso, alcornoques y fresnos. En España tenemos pocos árboles, y el gobierno que nos plante algunos miles de millones será un gobierno *sensato y enterdido*... Con que... no dejes de to-

mar la medicina, que yo me voy á mis quehaceres.»

Aunque nada más dijo, no se quedó muy conforme la señora con que su hijo aprendiera oficio de plantar árboles, á los cuales miraba la señora con prevención, porque solo servían para albergue de pájaros dañinos y para dar sombra á la tierra. En la Mancha pocos árboles había, y no hacían falta para nada; plantáranlos en Madrid, donde no había cosechas que defender de los malditos pájaros. En las ciudades, buena era la sombra; pero ¿para qué quería sombras el campo? La tierra quería mucho sol, y agua cuando Dios la diese. Pensaba también, y así lo dijo por la tarde á Lea y á Vicentico, que si se moría en los infames Madriles, no la enterraran en nicho, sino en el suelo; pero en suelo sin árboles, que no gustaba ella de estar á la sombra ni viva ni muerta.

Atención escasa, más bien nula, prestaban los novios á estas desconcertadas razones de la manchega, por hallarse apenadísimos con cierta novedad lastimosa que en la familia ocurría. Mientras *el hombre público* explicaba á su señora las ventajas de la carrera de Montes, las dos hermanas, encerraditas en su alcoba, sofocaban las voces para poder hablar de un grave asunto, promovido por Eufrasia. Una vez par-

tido D. Bruno bajo su gran sombrero, hablaron las señoritas con más desahogo, cuidando de no alborotar, para que no se enterase la enferma, que conservaba un sutil oído. Pasó luego Eufrasia á ver á su madre después de lavarse los ojos, porque no advirtiese que había llorado; mas no logró engañarla, que la señora, hecha de antiguo á la observación y examen de los rostros de sus hijas, notó en el de Eufrasia un viso muy particular, y así se lo dijo, manifestando la señorita que la puntada que sentía sobre la ceja izquierda le estiraba los músculos de aquel lado, desfigurándole la fisonomía. No satisfizo á Doña Leandra esta explicación, y seguía mirándola con persistente seriedad, lo que turbó más á la señorita, que á punto estuvo de echarse á llorar... «¿No viene á buscarte Doña Genara?—preguntóle la madre; y contestó la joven que hallándose en cama su amiga con un fuerte catarro al pecho, ella (Eufrasia) se constituiría en su enfermera, trasladándose allá en cuanto tuviera quien la llevara, su padre, ó alguno de los chicos. Con admirable sentido díjole Doña Leandra: «Estando tú también indispuesta, debes empezar por cuidarte á tí propia, en casita.» Por no chocar, hizo la señorita demostración de seguir tan sabio consejo, y se metió en su alcoba.

Dormitaba la enferma, cuando Lea y Eufrasia reanudaron su disputa. Sofocada salió de la alcoba la hermana mayor, y hallándose á Sancho en el pasillo atisbando la escena, le dijo: «Entra, Vicente, y hablále, á ver si tú la convences: yo no puedo. Mientras tú estás aquí, yo tendré cuidado con madre.» Halló Vicente á Eufrasia muy afanada en meter en un maletín diferentes objetos de su uso, ropa interior, pañuelos y alhajas, y apartándole las manos de aquel trajín, le dijo: «Mira bien lo que haces, Frasia, y no seas mala hija ni mala hermana; repara que en tu familia no hubo jamás afrenta, y con la que tú traes ahora matarías de vergüenza á tus señores padres.

—Déjame, déjame, Vicente, por Dios te lo pido—replicó la joven consternada, delirante, á punto de estallar en ira ó en dolor, que de todo había.—Tengas ó no razón en lo que me dices... puede que la tengas, puede que no... tengas razón ó no, ya no puedo volverme atrás, ni quiero, Vicente. Este deseo de irme puede más que yo... Me tiraré por el balcón si no me dejas salir... Ya sé que estoy loca; pero déjame con mi locura, hombre... ¿Qué sabes tú si de esta locura saldrá la razón...?

—No saldrá más que la deshonra, no saldrá más que la desdicha de tus padres, Frasia—

dijo Vicente con firmeza, pues aunque parecía muy poquita cosa, dábanle presencia y alientos sus ideas elementales en puntos de moral.—Tú harás lo que quieras; pero si no te quedas en casa, yo me voy á ese D. Emilio ó D. Demonio, y le desafío... ¡vaya si le desafío! Aunque me ves con tan pocas carnes, y aunque oyes esta voz que parece salir de un botijo, soy un hombre que sabe su obligación y que no se deja acoquinar.

—¿Qué has de desafiar tú—indicó Eufrasia con desprecio,—ni á cuenta de qué viene ese desafío...? Emilio es una persona decente; sólo que... En fin, que me dejes salir.

—Que no te dejes: dirás tú que no soy quién para cortarte el paso; pero yo me considero de los tuyos porque me casaré con Lea. Tu madre enferma, tu padre fuera de casa: pues aquí estoy yo, Vicente Sancho, para mirar por la familia.»

Entró en aquel instante la otra señorita muy alarmada, diciendo: «Vaya, que alborotáis más de la cuenta. Madre parece que duerme, pero yo creo que se hace la dormida. Vete allá, Vicente, y estáte al cuidado de ella.»

Obedeció el bondadoso mancebo, no sin rezongar un poquito, pues aunque de traza quebradiza, de corto aliento y delgada voz, en el

fondo de su mezquina naturaleza guardaba, como tesoro de avaro, un carácter entero, una voluntad irreductible en asuntos de honor y de conducta... Volvió á la carga Lea, tratando de vencer á su hermana con cariños y ternuras, ya que los razonamientos no habían sido eficaces, y media hora larga empleó en este sistema de expugnación, á ratos creyéndose victoriosa, después abatida y desalentada por los revuelos que hacía la otra, movida de una pasión irresistible.

«Convécete—dijo Lea llorando,—de que ese hombre no se casará contigo.

—No sé por qué lo dudas—replicó Eufrasia, no muy segura de lo que afirmaba.—Yo creo en sus promesas, porque le conozco; sé las razones que tiene para no casarse ahora: razones de familia...

—Todo eso de las razones de familia es embuste... Pero, ya se ve, estás ciega, y vas á la perdición sabiendo que te pierdes. No serás esposa de Terry: si él tuviera intenciones de casarse, ya lo habría hecho...

—Bueno—dijo Eufrasia en un raptó de orgullo, proclamando el imperio de la pasión sobre toda moral y toda conveniencia:—pues aunque no se case... Los casamientos los hace la sociedad, y el amor ¿quién lo da, sino Dios?...

Callaron una y otra hermana después que la pecadora y enloquecida Eufrasia sentó aquel rebelde principio, y antes de que reanudaran su disputa, llegó á la alcoba el mancebo, muy despacito, diciendo á Lea: «Chica, tu madre, que en este mismo momento acaba de llegar de la Mancha, extraña mucho no verte, y pregunta dónde te has metido.»

Corrió allá la señorita, y con gozosa voz y alargando el brazo útil, preguntóle su madre si le había ido bien en Torralba. Como respondiera Lea que sí, siguiéndole la manía, dijo la señora: «Y la sobrina del señor cura Don Andrés, á quien has hecho compañía, ¿está ya consolada de las calabazas que le ha dado Gaspar Bono, el de Valdepeñas?... Y dime otra cosa: ¿tu padre se ha quedado por allá para cazar con el cura?... Luego tú has venido con Perantón... ¿Qué tal paso tiene la burra de Tomasa?... ¿Dices que bueno?... Y ahora me sacarás de una duda que hace rato me está mortificando. ¿Cómo es que siendo tan baja la puerta de la rectoral, pudo entrar tu padre con aquel sombrero tan grandísimo?... No ceso de pensar en ello: ó Carrasco se quitó la colmena, ó el D. Andrés, para dar á la entrada de tu señor padre la solemnidad correspondiente, pues... mandó que agrandaran la puer-

ta...» Respondió Lea que así se había hecho, que los albañiles trabajaron todo el día anterior para darle media vara más al hueco de la puerta, y con esto se tranquilizó la señora.

Temía Lea que su madre le preguntase por Eufrasia; pero Doña Leandra no la nombró, y sacando su rosario, se puso á rezar. A cada rato, pretextando ocupaciones, salía Lea y cuchicheaba con su hermana, la cual no cedía... Si no lograba escabullirse por la tarde, haríalo por la noche, pues dada su palabra de acudir á una entrevista, no podía faltar. Hizo propósito la hija mayor de afrontar el difícil trance de informar á su padre en cuanto viniese, para que con su grande autoridad sujetase á la demente; pero permitió Dios ó tramó el Diablo que á la hora en que solía venir el *hombre público*, llegase un mozo del Casino con el recado de que no esperaran al señor, convidado á cenar por unos amigos. En conferencia rápida que tuvieron en el pasillo, acordaron Lea y Vicente que éste saldría en busca de D. Bruno, para enterarle del riesgo que á su honra amenazaba... Al cuarto de hora de salir el mancebo, hallándose Lea en la santa ocupación de dar á su madre unas sopitas claras y un huevo casi crudo, que eran su habitual cena en aquellos días, sintió el gemido lejano de los goznes de la puer-

ta de la escalera. A este gemido seguía infaliblemente el golpe del resbalón. Pero aquella vez falló el tiro, como quien dice. Se había sentido amartillar el arma, y nada más. «Parece —dijo Doña Leandra con sutil atención,— que alguien sale y deja la puerta abierta. ¿No había salido la muchacha?

—No, señora—replicó Lea dominando su azoramiento.—La muchacha debe de estar hablando en la puerta con el que trae el periódico, que es su novio.

—Anda con Dios... el repartidor de *El Clamor*...

—Que trae ahora también *El Correo de las damas*.

—Ya te dije que ese papel no me gusta. ¿Correo... y de las damas? Me huele á terciaría...»

Sospechó Lea que la pájara había volado, y así era en efecto.

XXX

No iba descaminada Doña Leandra en abominar de *El Correo de las damas*, porque el repartidor de este semanario, que también lo era de *El Clamor*, porteaba las cartitas que aca-

baron de soliviantar á la desdichada Eufrasia. En cuanto cenó la enferma, pudo Lea confirmar el vuelo fugaz de su hermana, á quien ayudó en su evasión la bestial Maritornes. Llegó Vicente un poco tarde con la triste noticia de haber revuelto medio Madrid sin encontrar al sensato D. Bruno. «Mi opinión—dijo ei mancebo á su amada,—es que nos lavemos las manos. Hemos hecho cuanto podíamos por contenerla. Sus ganas de perderse han podido más que nuestros esfuerzos porque se salvara.»

Cuidóse Lea de acostar á su madre, y ésta le dijo: «Mira si estaré trastornada: he creído hace un rato que oía la voz de Vicente. Bien sé que me engaño: es tan comedido el pobre chico, que no hará la tontería de comprometerte viniendo aquí de noche, en ocasión que yo no puedo valerme... tu hermana en casa de la viuda y los chicos en el teatro. De Vicente nada temo, porque es un santo, y aunque le tuvieras ahí escondidito, como si no...»

Cuando Doña Leandra con los preludios de su roncar tempestuoso anunciaba el primer sueño, fué Lea al gabinete de las hermanas, deseando mirar de nuevo las huellas de la fugitiva, y ver si había dejado algún indicio por donde se conociera el lugar de su paradero. Tras ella entró Vicente, y á su lado se sentó

La luz estaba á punto de extinguirse. De Eufrasia había quedado un perfume intenso, de los más delicados, como si en la precipitación de recoger y empaquetar sus cosas se le rompiese y vaciara un frasquito de esencias. Trastornada por la fragancia se sintió Lea, y además tan vencida del cansancio y de las emociones de aquel día, que apenas podía tenerse. Habríase soñado de buena gana en el sofá, si no estuviera presente el honrado farmacéutico. Callaban ambos, cada cual sumergido en sus propias meditaciones. Lea llegó á imaginar que ya no había familia, que ya no había sociedad, que los padres no eran nadie, y que toda ley estaba rota y por el suelo. Pensó asimismo que quizás ella, en el caso de su hermana, habría hecho lo mismo que ésta hizo... Gran cosa era, sin duda, la libertad... Estos pensamientos en su magín revolvió, cuando Vicente, no creyendo decorosa su presencia tan á deshora y en tal soledad, se levantó para despedirse... Miróle ella un rato, dudando si retenerle con alguna frase coquetil ó echarle con una glacial expresión amistosa. Esto era lo correcto; pero si Vicente no hubiera sido lo que era, un santo, al decir de Doña Leandra, la señorita no le habría despedido con una protesta de moralidad, que sonaba ligeramente á menosprecio

Una hora después, Lea se congratulaba de que Dios y Vicente hubieran estado de acuerdo para llevarla al fracaso de su mal pensamiento. Entraron los chicos, entró D. Brunc, el cual, mientras la hija recibía de sus manos bastón y sombrero, le dijo: «Ya sé que Eufrasia se queda esta noche en casa de la viudita. Tu madre le dió licencia, según creo.» Afirmó la hija mayor con la cabeza, y el padre con la boca expresó parte de sus ideas. «No se la hubiera dado yo, ¡ajo! Ya son éstas muchas libertades... ¡Ajo! me ha contado esta noche Rafaela Milagro unas cosas, ¡ajo!... En fin, chica, vete á dormir... Tu madre ¿qué tal?... Eh, niños, á la cama, y que no oiga yo más rui lito de recitación de versos, ni de altercados y disputas... Si tuviérais seriedad, no pensaríais tanto en dramas y comedias... El hombre debe ser serio, y dejar á los poetas y cómicos que se entiendan para todo lo de risa ó farsa... Vamos, á la cama todo el mundo...»

Acostada en la alcoba de su madre, para mejor cuidar de ésta, Lea velaba, anticipando en su abrasada mente la espantosa escena del próximo día, cuando grandes y chicos se percataran de... ¡Jesús, Jesús! ¡Lo que diría su padre, que tan mirado fué siempre, ¡ay!, tan puntoso en todo lo tocante al decoro de la

familiar... Daría ella cualquier cosa por no hallarse presente cuando padre y madre se enteraran de la ignominia de Eufrasia... ¿Llorarían, ó se pondrían muy encolerizados? Las dos cosas. Puede que á su madre le costara la vida. ¿No sería generoso y humano ocultarle la verdad? ¿Qué adelantaba la pobre señora con saber lo que no había de remediar?... En fin, que el día próximo sería en la casa día sonado, de esos que hacen época por lo tristes... ¿A qué se devanaba ella los sesos figurándose lo que había de pasar? Sucedería lo que Dios quisiese y lo que venía preparado por la realidad... Bien claro revelaban las palabras de su padre que á éste no había de causarle sorpresa el golpe, pues ya tenía la pulga en el oído, sin duda. Rafaela, con verdades maliciosas ó mentiras muy bien compuestas, había preparado para el conocimiento de su desgracia... En estas ideas y en sus lógicas derivaciones se le pasó la noche á la chica mayor de Carrasco, y el amanecer la sorprendió en cavilaciones tristes: «Ya estamos en el día de la catástrofe... Aguardémosla... Diré á Vicente que traiga mucha flor de tila y algunos azumbres de antiespasmódica, pues yo también, sabiendo lo que sé, pienso que he de necesitarla.»

No hay exacta noticia del conducto por donde

llegó á D. Bruno la certidumbre de su deshonra: algo hubieron de ind'carle en el Casino dos amigos, el uno leal, oficioso el otro; Rafaela, que fué á visitarle después de comer, le dió más amplios pormenores, y lo demás lo supo por su hija Lea y por el propio Vicente. Tan grande y dolorosa fué la herida que el hombre recibió en lo más delicado de su sér, que hubo de amilanarse en los primeros momentos, y los ayes de su pena no dieron espacio al furor hasta que pasaron horas lentas de la noche y el día. Felizmente, en medio de tal desgracia, recaída la enferma en una taciturnidad parecida al idiotismo, de nada pudo enterarse, y lo poco que habló fué para decir que estando Perantón malo de sarpullo y comezón en todo el cuerpo, había mandado por zaragatona para darle cocimientos refrescantes... Pasada la primera crisis de abatimiento y estupor dolorosísimo, D. Bruno saltó á los tonos dramáticos de la ira paterna, y no pensó más que en *lavar su honra*, si no se le daba con prontitud la reparación debida. Un día empleó en conferencias con amigos que se ofrecieron á ser sus paladines en aquella empresa de honor, y preparandõ pistolas, tomó informes del paradero de Terry. Si al principio se dió por cierto que el gavilán había huído á Francia con su presa, luego corrió la voz de

que los prófugos estaban en el *Soto del Señorito*, propiedad del amigo Safón, on término de San Fernando. Oir esto Carrasco y querer plantarse allí, fué todo uno. A la Cava Baja corrió en busca de un buen coche... ya se le hacían largas las horas que dilataran la reparación de su afrenta, ó una cruel venganza si la reparación se le negaba. Ros de Olano y Fernando Córdova, sus amigos, trataron de calmarle. El mismo Serrano intervino en el asunto con efectivas ganas de resolverlo pacíficamente. Amigo era de los Terrys... Entre todos convencieron á D. Bruno de que no debía tomar resoluciones dramáticas, impropias de un hombre *sensato* y al mismo tiempo *entendido*. Convenía, pues, á la seriedad del lastimado padre evitar el escándalo, el cual sería mayor y de consecuencias más graves por tratarse de un *hombre público*. Los amigos tomarían á su cargo el arreglo *por la buena* del delicado negocio, y entre tanto que daban los pasos conducentes á tan noble fin, estuviérase D. Bruno quieto y calladito en su casa, fiado en la gestión de los que verdaderamente le estimaban. A regañadientes accedió el manchego, pues le pedía el cuerpo pendencia y jarana; se sentía popular, español de sangre, y de la tradicional casta de padres inflexibles, celosos de su honra.

Las sutiles precauciones tomadas por el esposo y la hija para que ningún indiscreto llevase á Leandra el terrible cuento, fueron burladas por el locuaz ingenio de Cristeta, que hablando á su amiga de la monja de los milagros, del matrimonio de la Reina y de otras cosillas privadas y públicas, halló manera de meter entre col y col la escandalosa liviandad de Eufrasia. No fué menester que la camarista diera razón detallada del caso, que media frase maligna y otra media consoladora bastaron para que su amiga lo entendiese todo. Creyórase que la Socobio no hacía más que confirmar una sospecha, ó dar realidad á un drama imaginado en la turbación cerebral de la perlesía. Hallábanse una noche D. Bruno y sus hijos en compañía del bonísimo Vicente comiendo silenciosos, sin exhalar una queja contra la defestable cena que la Maritornes les ponía, cuando vieron aparecer en la puerta del comedor á Doña Leandra en aterradora facha y actitudes de espectro. Renqueando con ayuda del bastón que usaba, y echándose por la cabeza la manta con que abrigar solía su cuerpo de rodillas abajo, presentóse á la familia cuando ésta la creía traspueta y adormecida en manchegas visiones. Los ojos de la señora como asevas relumbraban, y su rostro competía con las calaveras en escua-

lidez y amarillo matiz de hueso recién exhumado. La voz nada tenía que envidiar á las voces más sepulcrales que en el teatro se oyen, simulacro de la oratoria de ultratumba, y toda la familia se estremeció espantada oyéndole decir: «Tomad Madrid... ¿No querías Madrid, y grandezas muchas y suposición? Pues tomad Madrid, tomad bambolla de corte, pedid más miel, que más se os dará. Carrasco, tú, animal, ahí tienes tu Madrid; yo perlática de tanto ir á mi tierra, dejándome las piernas aquí; tú sin cabeza para sombrero tan grande, todos arruinados, todos perdidos, y las hijas hechas unas...» Soltó la palabra picante y soez, y repitióla hasta tres veces: «las hijas... tales,» riéndose luego de su bárbaro chiste con lúgubre carcajada. D. Bruno, transido de pena y avergonzado de que su esposa pronunciase vocablos tan feos delante de sus hijos, por más que lo hacía sin conciencia de ello, miraba al plato, y un color se le iba y otro se le venía. Levantóse Lea para sosegar á su madre en aquel delirio y llevársela; pero Doña Leandra la rechazó cruel y brutalmente con el palo, diciendo: «Quitate tú también de aquí, tal... Eres peor que la otra... porque no has tenido la vergüenza de irte á pecar lejos de la casa. ¿Crees que no te he visto aquí de noche jugando á los casamientos

con ese hipócrita, con ese cigarrón mortecino de Vicente?... La otra, la otra siquiera se ha ido á los infiernos cubierta de diamantes, esmeraldas y *tropacios*; pero vosotros, ¿qué lleváis más que alhajas de diaquilón, parches de belladona, y por perlas, píldoras de ruibarbo y de asta de ciervo molida?... Tú, gran bestia, marido mío, toma Madrid, toma bambolla: tus hijas *tales*, y yo... también lo sería para confundirte, que ahí está Perantón suspirando por mí. Pero ¿cómo quieres que yo le haga caso á Perantón, si él cumple los noventa el día de San Mateo, verbi-gracia pasado mañana, puesto que hoy estamos á 19?... Todo te lo mereces, que en Madrid, ya se sabe, no haces más que perder dinero en el Casino... esto por el día... y por las noches derrochas la salud y la vergüenza en sitios peores. ¡Vaya un ejemplo que das á tus hijos! Las hembras, después de bien resobadas por tantísimo novio, aprenden todos tus vicios de *hombre público*... Y los niños, esos pobres niños, ¡ay! más valdría que se murieran...»

D. Bruno sintió escalofrío, y difícilmente respiraba. Viendo á los chicos aterrados, fijando la vista en la pavorosa imagen de su madre con piedad y estúpido supremo, puso la mano en la cabeza del que más cerca tenía, y dijo: «No hagáis caso... ¡Qué trastornada está la pobre!»

XXXI

Repetida esta desagradable función en la tarde y noche del siguiente día, malísimos ratos pasaron todos, y singularmente Lea, que á más de llevar sobre sí la carga del gobierno doméstico, tenía que atender al cuidado material de su madre. Pruebas daba en aquella ocasión de cristiana paciencia, y bien se vió que era una mujer preparada para las cuevas ásperas y los pasos angostos de la vida. No desmayaba en su labor dura: aprendió el sacrificio, los acerbos trabajos sin recompensa inmediata, que es la escuela de abnegación, y supo contentarse con el aplauso de su propia conciencia, de donde salía también el estímulo para mantenerse firme y animosa. Vicente, que un rato por la tarde y otro de noche le servía de Cirineo, se recreaba silencioso en las virtudes de su futura esposa, y satisfecho de poseerla se sentía. También el buen Carrasco, tocado en el corazón por la conducta de su hija, daba gracias á Dios de que en tales circunstancias se la conservara, pues si hubiera seguido Lea el ejemplo de su hermana, la familia y su jefe se habrían